

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

El Instituto Juan Jacobo Rousseau



GINEBRA es una hermosa ciudad de amplísimas calles, tranquilas, casi provinciana, llena de árboles por todas partes, recostada en el extremo occidental de su magnífico lago. El valor internacional de Ginebra es un hecho que ha dado ya la vuelta al mundo. Pero es, además, uno de los centros europeos de mayor importancia desde el punto de vista del desarrollo de sus instituciones educacionales.

Cuenta con una buena universidad y con magníficos establecimientos de diferentes grados y finalidades, como que el gobierno del cantón destina la tercera parte de sus rentas al fomento de la instrucción pública. ¡La tercera parte! Fuera de esto se distingue Ginebra por sus fundaciones de índole original e innovadora que tienden a renovar las prácticas de la educación y las ciencias correspondientes. Este carácter tienen el Instituto Juan Jacobo Rousseau, el Colegio Internacional y la Casa de los Pequeños, que funciona bajo la tuición del mencionado Instituto.

El Colegio Internacional es un establecimiento de segunda enseñanza destinado principalmente a los hijos de la numerosa colonia extranjera, sobre todo de diplomáticos que tienen que residir en Ginebra. En él se practican métodos nuevos y la educación cívica que se imparte, si es que así pueda llamarse, va inspirada, no en principios y sentimientos nacionales, sino en los de hermandad humana. Esto se explica suficientemente por el ambiente que presta a Ginebra su condición de sede de la Sociedad de las Naciones y por el carácter cosmopolita

de la clientela del colegio. Por lo demás, no son contrarias ni se excluyen esas dos finalidades sino que pueden armonizarse perfectamente.

El Instituto Juan Jacobo Rousseau fué fundado en 1912 por el eminente profesor Eduardo Claparède como una escuela de ciencias de la educación. Por su origen y por su organización es un establecimiento particular, pero vive estrechamente vinculado a la Universidad del Estado de Ginebra.

De acuerdo con las finalidades señaladas por su fundador ha llegado a ser el Instituto un importantísimo centro de investigaciones e informaciones en todo lo que toca a la psicología infantil, a la pedagogía experimental y a la reforma escolar.

Los educadores que forman el Instituto o los que vienen a perfeccionar en él sus estudios deben vivir en estrecho contacto con los niños. Para establecer esta condición se ha partido de una afirmación tan simple como la de que no se puede educar si no se conoce al educando. Tal conocimiento debe buscarse en la psicología experimental estudiada primordialmente en el laboratorio de esta ciencia y en la aplicación de los *tests* de la inteligencia. Pero esto no es todo. El Instituto es de tendencias amplias y entiende que la psicología no ha de quedar encerrada en las paredes de los laboratorios ni ligada a aparatos complicados, por lo que hay que agregar a lo dicho como métodos de investigación, el examen clínico y las interrogaciones hechas al niño mismo.

Al lado del conocimiento del niño normal se da toda la importancia que merece al estudio del niño anormal y enfermo, materia que se considera en este Instituto indispensable para todo educador, cualquiera que sea por lo demás la especialidad a que haya de dedicarse después.

Se entiende que debe ser también común para todos los educadores el estudio de los problemas relativos a la educación moral, con las subdivisiones que puede comprender, como ser, la atención prestada al instinto sexual, al anti-alcoholismo, a la instrucción religiosa, etc. Para observaciones relativas a la educación de niños de 3 a 7 años, la Casa de los Pequeños, ya nombrada, es el centro de trabajo. Se encuentra en ella un material bastante interesante ideado por las directoras mismas y encaminado a estimular la espontaneidad de los niños y a educarlos, por medio de sus propias experiencias y de los trabajos que vayan ejecutando.

Como ramas de estudio dentro de esta sección, puedo nombrar la educación física y los juegos al aire libre, los trabajos manuales, la jardinería, la composición ornamental, la gimnástica rítmica, la música.

El Instituto Juan Jacobo Rosseau ha sido uno de los primeros en Europa en señalar la importancia de una determinación científica de las aptitudes profesionales del niño. Un especialista dirige estos estudios y por el trabajo de esta sección se han establecido *tests* de aptitudes profesionales y se han dado a luz muchas monografías de oficios.

Entre las disciplinas que corresponden a esta sección debemos mencionar la recientemente establecida de la Tecnopsicología que tiene por objeto formar «consejeros-psicólogos», encargados de la organización del trabajo y de la selección profesional en los establecimientos comerciales e industriales. Los alumnos que siguen este curso, fuera de los trabajos que tienen que llevar a cabo en el laboratorio de psicología, deben efectuar investigaciones prácticas en las usinas y hacer los exámenes que les confíen las escuelas profesionales especiales.

El método de trabajo de los cursos del Instituto se inspira por supuesto en los mismos principios que él preconiza. Los cursos «ex-cátedra» ocupan aquí muy poco lugar. Se da la mayor importancia a los trabajos de seminario y a los ejercicios prácticos que colocan inmediatamente a los alumnos en presencia de problemas concretos. Una rica biblioteca se halla a disposición de los estudiantes y una conferencia semanal de bibliografía los pone al corriente de las publicaciones nuevas. Al tiempo de mi visita al Instituto estas conferencias estaban a cargo de su distinguido director el profesor Pedro Bovet.

Como se ha podido ver en las líneas precedentes, el establecimiento de que me he ocupado es una especie de Instituto Pedagógico que ofrece muchas especializaciones que podríamos llamar técnicas, ya que, por otra parte, no se ocupa de las asignaturas que ha de tomar a su cargo el futuro profesor.

Fuera de la necesidad de formar el alma del maestro en el sentido de que haga del ejercicio de su magisterio un verdadero apostolado, me parece que de las orientaciones del Instituto Juan Jacobo Rousseau se desprenden las siguientes enseñanzas: La conveniencia de consagrar algún tiempo al estudio del cuerpo y del alma de los niños anormales; que el profesor no vea en la pedagogía una ciencia de principios definitivos y acabados con cuyo conocimiento ha de quedar capacitado para resolver todas las dificultades que puedan presentársele en sus funciones docentes; que vea en ella más bien un arte apartado

de todo dogmatismo y que considere sus propias actividades como las de un artista, no desprovisto de ciencia por supuesto, pero cuyo éxito dependerá principalmente de sus oportunas intuiciones, de la simpatía que ponga para penetrar el alma del niño y de sus acertadas invenciones en materia de métodos y de procedimientos.

De lo dicho se desprende aún la concepción de un Instituto Pedagógico como un centro que, fuera de ser un plantel de cultura e investigación científicas, constituya un laboratorio en que se estudien y preparen las reformas que vayan siendo necesarias, de manera que éstas se puedan llevar a cabo sin precipitaciones que sólo traen como consecuencia el retroceso. Sería un laboratorio que, sin perjuicio de las observaciones indicadoras de futuros mejoramientos que se hicieran en otros establecimientos, vendría a incorporar de una manera orgánica y constante el espíritu de renovación en la vida educacional del país.—ENRIQUE MOLINA.

Tres poetas españoles

NO puede hablarse seriamente de decadencia en la poesía española. Cada época propone nuevos temas a sus espíritus directores y un nuevo lenguaje va naciendo que traduzca ese fervor. Así en poesía como en economía o en política.

La revolución de Rubén Darío enriqueció el instrumento lírico castellano. No fué, como muchos creyeron, el abandono de la tradición. Fué la vuelta a una tradición abandonada: la de don Luis de Góngora y Argote.

Y hoy asistimos a una agudización del gongorismo.

En los *Romances Gitanos* de Federico García Lorca canta el gallomatinal de las leyendas populares. Garbo, bizarría, registro amplio, claro, resonante. Pero es un gallo que ha leído y ha estudiado, con fruto, la flor de la poesía gongorina.

Y anotemos, de paso, esta cualidad de los nuevos poetas: leen, estudian, se cultivan. Se hunden braceando en la alta mar de la tradición. Regresan cargados de tesoros que, pareciendo inauditos, estaban latiendo en las entrañas del alma de